

MARITAIN Y LA INSTITUCIONALIDAD REPUBLICANA: EL CASO DE LA II REPUBLICA ESPAÑOLA Y LA GUERRA CIVIL

Ing Agustín M Garay – Inst Jacques Maritain de Argentina

Ponencia realizada el viernes 8 IX 2017 en el “IV Encuentro Internacional de Institutos “Jacques Maritain” e Instituciones Afines de América del Sud” – Córdoba, 7 y 8 de septiembre del 2017.

Introducción

El propósito de nuestra investigación consiste en intentar acercarnos a la que fue la posición profundamente meditada y discernida, de nuestro guía e inspirador intelectual, Jacques Maritain, frente a la diversidad de conflictos que se plantearon en relación a la legitimidad de la Segunda República Española y la subsiguiente Guerra Civil. No precisamente nos interesa el conflicto bélico o militar, sino aquél más básico y primario, proveniente de las entrañas mismas de la sociedad española, y que mucho tiene que ver con la diferenciación evangélica entre lo que es del César y lo que es de Dios. Esto me parece particularmente trascendente al estudiar el enorme esfuerzo que Maritain hizo, esfuerzo intelectual y espiritual, para no caer en la dialéctica maniquea y simplista de las dos Españas, tan cierta como falaz: la España nacional y católica y la España liberal y laica, enemigas mortales e irreconciliables, tan mortales que tuvieron que producir más de medio millón de muertos entre 1936 y 1939 para dejar en claro sus posiciones. A este respecto, son muy ilustrativos los conocidos versos de Antonio Machado, que de manera premonitoria decía en 1910: “Españolito que vienes al mundo/ te guarde Dios:/una de las dos Españas/ ha de helarte el corazón” (*Proverbios y cantares* LIII).

Una cosa es el conflicto político, otra el conflicto social, otra muy diversa el conflicto religioso. El problema de España radicaba, entre otras cosas, en que dichos conflictos eran muy difíciles de diferenciar entre sí, al estar secularmente identificada la Iglesia con la monarquía, y ayudar así a confundir a los católicos, que creían ver que defender una forma de gobierno era defender a la Iglesia o viceversa. A esta España radicalizada, confundida y dividida, llegó Jacques Maritain en el verano de 1934 en la única visita de su vida, a pronunciar una serie de conferencias en el marco de la Universidad Internacional de Verano, que a la sazón funcionaba en el palacio de la Magdalena, en Santander. Se trataba de “un lugar de encuentro entre intelectuales españoles y extranjeros, que permitiese a los estudiantes y a los profesores, en una época en que pocos podían viajar, abrirse a las corrientes del pensamiento europeo. Reunía pues la flor y nata de la intelectualidad española, en general más bien republicana moderada y católica liberal”(1), dentro de la cual podemos mencionar a Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Alfredo Mendizábal, José María de Semprún, José Bergamín, Xavier Zubiri, Pedro Salinas y Antonio Marichalar entre muchos otros. Se trataba de mentes refinadas y esclarecidas, que, en palabras del dominico padre Jean Garrigues, “durante y después de la guerra civil, representaron en su mayoría, en un exilio exterior o interior, la así llamada “tercera España”, aquella para quien la lucha fratricida fue ante todo una “tragedia”,

según el término utilizado por el propio Mendizábal en su libro”(2) *Los orígenes de una tragedia*.

“El centro de la temática de Maritain en las lecciones de Santander es primordialmente el del humanismo en el orden político. Es ante todo una tesis espiritual y teológica, que quiere exponer justamente primero en España y después en Polonia. Se podría formular con la siguiente pregunta: ¿No hay acaso otra manera más evangélica para los cristianos de estar presentes en el mundo que la de la cristiandad sacra inaugurada con la conversión de Constantino?”(3) Consciente de la dimensión teológica de su problemática, Maritain le dio a su curso el nombre de *Problemas espirituales de una nueva cristiandad*, nombre con el cual han sido editadas como libro sus conferencias de Santander.

Nuestro relato comienza en la mañana del 2 de agosto de 1934, cuando Maritain se presenta ante su auditorio del palacio de la Magdalena diciendo que ***“la mía (...) es una posición católica, y no clerical. Creo que ésta es también la posición de mi querido amigo Manuel de Falla, como la de muchos otros espíritus, tanto en Francia como en España, que no dejan de tener razones históricas para sentirse atraídas a ella. Pero esto no es lo que aquí importa, sino solamente la verdad.”***(4)

Como dato anecdótico, destacamos que Manuel de Falla es efectivamente el famoso músico que tuvimos la suerte de tener viviendo entre nosotros, aquí en Alta Gracia. Esta toma de posición, tan categórica como desconcertante para los agitados espíritus de esa época, va a hacerlo sentirse muy solo entre las gentes del ambiente que lo rodeaba; en una carta a Raissa fechada en ese entonces, manifiesta que ***“aquí, los católicos de pura cepa defienden, como en todas partes, no a Jesús sino intereses naturales y humanos que cubren con el nombre de Jesús y por lo tanto, de hecho, al capitalismo. Y los católicos intelectuales del tipo de Marichalar, Salinas, etc..., defienden otros intereses culturales y humanos, el porvenir de sus posiciones estéticas, qué sé yo. De Jesús, a nadie le importa.”***(5)

Es interesante tener presente que en 1934, Maritain “no era todavía el pensador de lo político que se revelaría a partir de *Humanismo integral* (1936) y más aún después de *El hombre y el Estado* (1951). Era ante todo un converso de fe ardiente que, después de su ruptura con el nacionalismo integral de Charles Maurras, buscaba otra forma de presencia del cristiano en el mundo, más acorde con el Evangelio. Toda la relación ulterior de Maritain con los asuntos de España, en particular durante la guerra civil, sigue en esta clave espiritual y no se puede reducir a opciones políticas.”(6) En otra carta también dirigida por esos días a Raissa, Maritain le exponía que era consciente de que su pensamiento acerca de una nueva forma de vivir el cristianismo, más alejada de las esferas políticas y más cercana al Evangelio, iba a constituir “dinamita internacional”, sobre todo en España (7). Esta manera de pensar le iba a acarrear no pocos sinsabores, como por ejemplo que su amigo el dominico Garrigou Lagrange le escribiera desde Roma, unos días antes de la sublevación de Franco, contándole que “los obispos españoles no están nada contentos con lo que usted ha dicho en Santander, y han escrito al respecto a la Secretaría de Estado.”(8)

1936 El estallido de la Guerra Civil

Así llegamos en nuestro relato al fatídico 1936, un año clave para la vida y obra de Jacques Maritain y de la política internacional: es el año de las Olimpiadas de Berlín, últimas antes de la Segunda Guerra Mundial, de las victorias del Frente Popular en Francia y España y del comienzo de la Guerra Civil en este país, de la malograda monarquía de Eduardo VIII en el Reino Unido por su matrimonio con Wallis Simpson, entre otras cosas. Para Maritain, significó, por su parte, el año de su visita a Sudamérica, visita particularmente feliz para nosotros porque incluyó nuestra Córdoba, y el año en que vio la luz una de sus obras capitales: *Humanismo Integral*. A propósito, destaca José Zanca que en Argentina *“Humanismo Integral (...) movilizó las conciencias de intelectuales tan distantes como Victoria Ocampo y Gustavo Franceschi. Maritain será durante la Segunda Guerra uno de los más importantes representantes de esa trama de intelectuales, sacerdotes y militantes del catolicismo francés que recorrerán Latinoamérica para combatir las posibles simpatías de la Iglesia y los católicos con el Eje.”*(9)

Apenas regresado a París desde Argentina, Maritain se pone intensamente a seguir de cerca los acontecimientos de España, en particular en lo vinculado a los amigos y relaciones que allá tiene, como aquellos que hizo en el curso de Santander. En lo personal, se identifica particularmente con la postura de Alfredo Mendizábal, reconocido por muchos como el Maritain español, “título” que al mismo Jacques Maritain no disgusta, según se desprende de una carta suya a Emmanuel Mounier del 17 de noviembre de 1936. Dice Maritain:

“me pregunto si en un caso como el de España no asistimos a una catástrofe de lo político que, de manera excepcional, saca al cristiano del plano (en sí normal) de la actividad política para no dejarle más que una actividad en cierto modo sacerdotal (obras de misericordia, pura caridad...) (...) Aunque no se pueda actuar políticamente (en esta aspecto soy favorable al doble rechazo de Mendizábal), ¿no conviene acaso permanecer en medio del pueblo, como el sacerdote en medio de los pobres y de los desamparados, incluso de los criminales?”(10)

“Mendizábal, ajeno a toda mitología revolucionaria, consideraba sencillamente la guerra civil como una “tragedia” causada por la intransigencia de las “dos Españas”, que habían ambas asesinado a partir de 1934 una frágil e incipiente democracia republicana que les estorbaba. Destituido de su cátedra de derecho en Oviedo, como otros profesores liberales, a la vez por el gobierno de Valencia y por el de Burgos, pondría todo su empeño, ayudado por Maritain, en obtener de las potencias europeas que impusiesen una paz negociada entre los dos bandos. Se convertiría así en el más puro representante de la “tercera España””(11), aquella que sufría y se desangraba consciente del sinsentido de la guerra fratricida, la España que lloraba impotente ante la violencia y la intransigencia de quienes no estaban maduros aún para convivir entre diferentes, para construir una democracia auténtica y legítima.

Es muy importante para analizar y comprender qué pasó con la República en España, el libro *Los orígenes de una tragedia*, publicado en 1937 en París, escrito por

Mendizábal y con prefacio de Maritain, libro que hasta hoy es considerado por los especialistas como un análisis particularmente objetivo, desapasionado y profundo, con el mérito extra de haber sido escrito en pleno desarrollo de la Guerra Civil. Dice Maritain en dicho prefacio, que

“es una locura que cuesta cara, el dejar que un país se divida entre dos masas enemigas, erguidas la una contra la otra, cada una de las cuales había desde hace mucho exterminado a la otra del bien político y de la común dignidad humana, antes de que empezara entre ellas una guerra de exterminio; (...) levantar odio contra odio es preparar la catástrofe de lo político”.(12)

Maritain no se hace ilusiones respecto de la seriedad de la legalidad republicana, como sí lo hacen Mounier y otros pensadores del círculo de Santander; en la citada carta a Mounier, le reprocha con dolor su parcialidad a la hora de publicar notas sobre la guerra civil en la revista *Esprit*, que él dirige. En referencia a todo ello, dice, en el prefacio a Mendizábal, que

“los partidarios de la anarquía o de la dictadura del proletariado, cuyo primer principio es desprestigiar la legalidad, que sueñan con conquistar el poder por cualquier medio, que habían de múltiples maneras pisoteado la República, y que abrían el país a la influencia de agitadores internacionales, iban a convertirse en los edificantes defensores y celadores del principio de la legitimidad gubernamental y de la independencia nacional”(13).

Obviamente que dice estas cosas en tono de perplejidad, de ironía, de denuncia, mostrando lo paradójico de la hipocresía casi infantil del gobierno republicano. Y en una carta de 1938 en la que se dirige al superior general de los dominicos, menciona al gobierno de la República simplemente como el “poder establecido”, dejando explicitado que jamás se ha referido al tema de la legitimidad de dicho gobierno, un gobierno del cual no duda en señalar su complicidad

“en las exacciones, en los actos de denegación de justicia, en los saqueos y en las matanzas de las que tantos miles de personas (mas de trescientas mil se dice) han sido víctimas”(14).

Así como se negó a debatir sobre la legitimidad del gobierno de Madrid y sobre su derecho a armar milicias populares e internacionales (éste fue un hecho que lesionó mucho el prestigio de la República), tampoco quiso ahondar sobre el derecho de los nacionales a levantarse en armas. Sí se negó, categóricamente, a otorgarle el carácter de santa, de sagrada o de religiosa a la guerra emprendida por el bando nacional, incluso a reconocerla como una cruzada, con toda la carga emocional histórica que tiene esta palabra para los españoles desde la Reconquista contra los moros. Decía Maritain:

“está permitido dudar que la Providencia no tenga otro medio de salvar estas bases primordiales de la vida humana, que no sea el triunfo militar de los nacionalistas españoles y de sus aliados. En todo caso, este razonamiento tendería a probar que se trata de una guerra justa, no de una guerra santa, en el sentido propio que la filosofía de la historia y la cultura deben reconocer a este término”(15).

“Justa o injusta, una guerra contra una potencia extranjera o contra conciudadanos es necesariamente lo que es de por sí y por esencia: algo profano y secular, no algo

sacro; y no solo algo profano, sino algo abierto al mundo de las tinieblas y del pecado.”(16)

“Que se mate, si se cree deber matar, en nombre del orden social o de la nación, ya es bastante horrible; que no se mate en nombre de Cristo-Rey, el cual no es un jefe de guerra, sino un Rey de gracia y de caridad, que ha muerto por todos los hombres y cuyo Reino no es de este mundo.”(17)

Pero constatamos que la preocupación más importante para Maritain no era específicamente la legitimidad de la República o de la sublevación franquista, sino cuál era la causa más profunda del abismo que separaba en dos a la sociedad española. Lo desvelaba tratar de saber cómo, la nación que más hizo en la historia por la expansión del cristianismo, había llegado a grados tan altos de persecución a la Iglesia, de apostasía, de reniego de su religión. Ensayando una explicación, decía en el prefacio del libro de Mendizábal:

“La tragedia, es que la noción de religión, al haberse confundido desde siglos en España con la del poder clerical, (...) hacía que el clero, buscando apoyo en las clases privilegiadas, apareciera demasiado a menudo como el pastor de estas últimas más que de la multitud. Parecía que esos pobres sacerdotes, salidos en su mayoría de la población campesina, estuviesen sometidos como de manera hereditaria al prestigio de los ricos. Un pueblo duro y terrible, acostumbrado a la violencia y a la muerte, a las cuales no teme ni respeta, apasionado ante todo de sangre y de absoluto, tenía así el sentimiento de estar abandonado a su condena terrestre, y despertaba en él unas veces un odio atroz, otras una indiferencia mortal hacia los representantes de una verdad de la cual habría deseado esperarlo todo, y en la cual no veía ya más que impostura.”(18)

Hacia el exordio del referido prólogo, Maritain formula, ya en clave religiosa, no política ni sociológica, su toma de posición definitiva respecto de la guerra civil en España; demuestra así su dolor y su decepción para con ambos contendientes, no dejando mucho lugar para el optimismo. Escribe Maritain:

“Es un sacrilegio profanar los lugares sagrados y el Santísimo Sacramento, perseguir todo lo que está consagrado a Dios, deshonrar y torturar a religiosas, desenterrar cadáveres para mofarse de ellos, como se ha visto en los días de tinieblas que siguieron inmediatamente el estallar de la guerra; y es un sacrilegio fusilar, como en Badajoz, a centenares de hombres mientras se festejaba el día de la Asunción, o exterminar bajo las bombas de los aviones como en Durango –porque la “guerra santa” odia, más aún que a los infieles, a los creyentes que no la sirven– o, como en Guernica, a toda una ciudad con sus iglesias y sus tabernáculos, barriendo con ametralladoras a la pobre gente que huía”.(19)

Así las cosas, y dando a entender que no se puede escoger como legítimo a uno de los dos bandos sin faltar gravemente a la verdad o a la justicia, afirma Maritain que no queda lugar más que para una consideración básica de orden moral:

“Ahora que, como se dice, «el mal está hecho», a cada español no le queda más que escoger, entre decisiones horribles, la que le parece la menos horrible.”(20)

“Una vez desencadenado el desastre, solo quedan cuestiones individuales, que dependen de la posición moral y de la perspectiva propia de cada uno, y a las cuales

sería injusto querer dar una respuesta universal. En tales momentos cada uno va, en la noche, ahí donde su conciencia le lleva.”(21)

Destacamos que esta última frase fue pronunciada en Buenos Aires por Maritain el 6 de octubre de 1936, en una conferencia-debate organizada por la revista Sur, referida a su célebre *Carta sobre la Independencia*. Dicha Carta había sido traducida del francés al castellano por Victoria Ocampo, para entonces ya devenida en amiga personal de nuestro filósofo, y se había hecho cargo de su publicación en América Latina por medio del grupo editor de Sur. Durante dicha conferencia, Maritain “habría de referirse explícitamente a lo que llamó el dilema “fascismo o comunismo”, y propuso el humanismo integral como alternativa y como la única solución posible a la crisis que se atravesaba entonces. Consideraba que así como la amenaza del comunismo era lo que daba fuerza al desarrollo de los partidos totalitarios, de la misma manera la amenaza de los partidos de derecha alimentaban la expansión del comunismo. De manera que, robusteciendo al enemigo al cual querían derrotar, ambas opciones no dejaban otro escape que la guerra civil que conduciría al exterminio, tal como lo señalaban los sucesos bélicos de España que amenazaban con proyectarse por el mundo.”(22)

Afirmaba Maritain también entonces, que había que luchar contra la amenaza del comunismo, “pero por otros medios, no por la violencia, por medios constructivos y positivos que se aplican a las causas mismas y que se proponen modificar las condiciones históricas, persuadir los espíritus, cambiar la legislación, suscitar las renovaciones profundas de que es capaz la libertad humana.”(23)

“Rechazaba rotundamente la toma del poder por la violencia, al estilo fascista, porque consideraba que conducía a la guerra civil. La dignidad de los fines imponía la dignidad de los medios, (...) por lo que sólo se podrían contemplar aquellos medios relacionados con la fuerza del amor y de la verdad.”(24) Estimaba que recurrir a la fuerza era opción válida solamente como defensa en el caso de una agresión, y además era una opción, no una obligación; por otra parte, afirmaba que jamás debe ser una forma de difusión de un ideal.

La cuestión vasca

Otro capítulo importante en la relación entre Maritain y la Guerra Civil Española, lo constituye la cuestión vasca. Sabemos que la República le había otorgado al Euskadi un importante grado de autonomía, grado que no estaba bien visto por los grupos nacionalistas españoles, de espíritu profundamente unitario y centralista. La autonomía ha sido desde siempre una aspiración fundamental de la nación vasca, así que no iba a renunciar muy fácilmente a lo conseguido, aún a condición de poner en riesgo su relación con España. El País Vasco se hallaba a la sazón gobernado por el Partido Nacionalista Vasco, de orientación social cristiana moderada, de muy buena vinculación con el gobierno central de Madrid. El alzamiento de los nacionales, carecía en el caso vasco de los argumentos de desorden, de intolerancia, de persecución religiosa que se evidenciaba en otras regiones, particularmente en Cataluña, así que

Franco se encontró en una posición especialmente incómoda a la hora de luchar en el Euskadi, pues tenía que enfrentarse a un pueblo profundamente católico y profundamente nacionalista, de un nacionalismo autonomista, por supuesto enfrentado al nacionalismo español. Y la Iglesia vasca con su jerarquía a la cabeza, se puso naturalmente del lado de su pueblo y su gobierno, constituyendo el País Vasco un todo monolítico enfrentado a la España que los quisiera doblegar, fuera ésta de la ideología que fuera. Ello impidió al Episcopado Español poder calificar oficialmente a la sublevación nacional de “guerra santa” o de “cruzada”, limitándose, en una carta pastoral del 1ro de julio de 1937, a referirse a ella como “guerra justa”.

Maritain enseguida tomó nota de este posicionamiento de los obispos españoles, y vio en su contenido una confirmación de su juicio. En una publicación fechada un mes después de la citada carta pastoral, titulada “Sobre la guerra santa”, publicada en París en la Nouvelle Revue Française, Maritain constataba: ***“Al notar cuidadosamente, en su comienzo, que la guerra actual no es comparable a las cruzadas de las cuales la Iglesia tomó antaño la iniciativa, el documento episcopal aporta una confirmación a la tesis central de nuestro prefacio (acerca de la guerra santa).”(25)***

Unos días después de ver la luz en París, apareció en nuestra revista Sur, la traducción de ese artículo suyo. Allí podíamos leer:

“La guerra que se libra en España es una guerra de exterminio; no sólo tiende a arruinar por completo la nación española sino también a provocar un conflicto universal; exaspera en todas partes pasiones que no perdonan; está en tren de deshonorar a Europa.”(26)

El destacado dirigente actual del Partido Nacionalista Vasco, Iñaki Anasagasti, en una nota de marzo del 2010 publicada en su página de internet, citando a Maritain nos recuerda que el filósofo decía que

“Se hayan equivocado o no los vascos sobre el plano político, al rechazar el sublevarse contra un poder que todos los Estados civilizados del mundo tenían por el poder legítimo, y al resistir a un levantamiento militar que desde el primer día había atacado directamente a sus libertades, (...) ello está muy lejos de pretender que hayan moralmente desmerecido [la nobleza de su causa, su postura de defensa de la institucionalidad y de la autonomía]”.(27)

La cita termina recordando que,

“atacados, desde el 19 de julio, los nacionalistas [vascos], tan violentamente como el Frente Popular; bruscamente colocados así ante los más angustiosos problemas de conciencia, lo que ellos -los vascos- se han propuesto (...), es la defensa de su propia existencia nacional, y continuar fieles a una comunidad temporal -el Estado republicano- que les había reconocido constitucionalmente las vías de acceso a la autonomía que ellos reivindicaban. Los vascos han estimado estar en la situación en que, por haber sido el Estado, objeto de una agresión que le amenazaba en su mínima existencia, las faltas, aunque fuesen de las más grandes, cometidas por aquél, no autorizan a ninguno de sus miembros a abandonarle delante del enemigo.”(28)

Maritain, permanentemente preocupado y espiritualmente sobrecogido por la tragedia de España, creó en 1937 en París un *Comité para la Paz Civil y Religiosa en España*, junto a otros intelectuales franceses con inquietudes sociales, como Georges Bernanos y François Mauriac, y dirigentes católicos del exilio republicano, fundamentalmente vascos y catalanes. Entre los principales cometidos de este Comité, estaba el gestionar una mediación internacional para detener la guerra civil, mediación esperada de naciones europeas como Francia, el Reino Unido, el Vaticano, y también de naciones americanas, entre ellas Argentina y Uruguay, país éste que fue el primero en ofrecer sus buenos oficios. También, dicho Comité se dedicaba a conseguir ayuda, en particular del Vaticano, para los niños vascos y catalanes gravemente afectados por la guerra, en especial aquellos que habían quedado huérfanos o habían emigrado sin familiares. Esta actividad se integraba dentro de la más importante *Liga Internacional de Amigos de los Vascos (LIAB)*, presidida por el cardenal Verdier, arzobispo de París, de la cual Maritain era el vicepresidente. Eran las actividades de esta Liga de ayuda, la organización de bolsas de trabajo, la intervención a favor de los presos vascos, la reunión de familias dispersas, el establecimiento de contactos internacionales, la conformación de una Oficina de Información, etc...; en el momento de su creación, había en Francia casi 60.000 refugiados vascos.

Como hemos citado más arriba, Maritain fue uno de los más importantes intelectuales que condenó acerbamente el bombardeo de Guernica; Anasagasti nos recuerda parte de sus palabras:

“A los católicos, sin distinción de partido, corresponde levantar la voz en primer lugar para que no se produzca en el mundo el implacable asesinato de un pueblo cristiano. Nada justifica, nada excusa bombardeos de ciudades abiertas, como el de Guernica.”(29)

Conclusiones

Comenzamos la exposición de nuestras conclusiones, recordando una anécdota que varias veces me refirió mi padre, admirador desde muy joven de Jacques Maritain. No puedo mencionar una carta, un libro o un artículo de Maritain, simplemente la memoria de mi padre, que por otra parte siempre consideré una muy buena fuente. Me contaba que Maritain dijo en cierta oportunidad que había hecho una compulsiva y un escrutinio de los muchos y encontrados sentimientos que tenía en su corazón respecto de la guerra civil española, y el resultado de dicha votación había dado por ganadora a la República, aunque por muy estrecho margen. Verdadera o no, considero que esta anécdota es muy cercana a lo que realmente opinaba Maritain. Y considero esto luego de haber leído y expuesto todo de lo que hemos estado hablando. Maritain era un republicano convencido, pero sobre todo era un demócrata, un confiado creyente en la expresión de la voz del pueblo en las instituciones de la República. Debe de haber sido muy grande su desengaño y su dolor al ver de qué manera se desacreditaba, se manchaba las manos con sangre y se deslegitimaba una República que había nacido con muchísimas expectativas de igualdad, de justicia, de libertad.

Nuestro citado P Jean Garrigues, que ha hecho una de las más completas aproximaciones al pensamiento de Jacques Maritain en relación a la República Española, nos recuerda que numerosos “especialistas extranjeros y no-partidistas de la guerra de España, reconocen hoy que la implicación directa de los socialistas en la insurrección de octubre de 1934, en Asturias y en Cataluña, lanzó el proceso revolucionario que llevaría a la corta victoria en las urnas del Frente Popular en 1936, seguida por meses de desorden y violencia que desembocaron en la guerra civil”(30). Menciona entre otros, a Stanley Payne, destacado historiador norteamericano miembro de la Real Academia de Historia de España. Se pregunta Payne: “¿La insurrección socialista de 1934 fue el primer acto de la guerra civil?”(31) Entre otras cosas, afirma que lo que pasó en la evolución de la Segunda República, durante los meses de la primavera y verano del '36, es un caso excepcional; casi no existen casos de Estados modernos que hayan llegado a tal “estado de descomposición legal e institucional en tiempos de paz. (...) [Era] un gobierno que no quería aplicar la ley. Eso es una cuestión que siempre va a estar un poco abierta ante la Historia, porque todavía existían las instituciones, pero en parte habían dejado de funcionar. (...) En la cuestión de aplicar la ley, por ejemplo, en el mes de mayo, las elecciones en Cuenca y Granada, evidentemente fueron elecciones fraudulentas, sin libertad”(32).

Sabemos que con la decisión de entregar armas a los obreros y a los militantes de los partidos republicanos, tomada en los primeros días de la sublevación por el nuevo gobierno presidido por José Giral, de Izquierda Republicana, el gobierno oficial dejó de tener autoridad efectiva, aunque existiendo meramente todavía en los papeles y la burocracia. Comenzó la etapa que algunos historiadores llaman de la Revolución Social, en la cual el poder real se descoordinó completamente al pasar a las manos de múltiples milicias socialistas, comunistas, anarquistas, sindicales, etc... Giral fue obligado finalmente por los comunistas a cederles el poder, asumiendo en su lugar el líder sindical Francisco Largo Caballero y por último Juan Negrín, con quien el gobierno republicano dejó formalmente de existir en territorio español en marzo de 1939.

¿Qué enseñanzas nos dejan hoy, como ciudadanos y como cristianos de principios del s XXI, las vivencias que tuvo Maritain de estos trágicos sucesos de la España del 30?

En primer lugar y para la Iglesia universal, algo que es de rigurosísima actualidad, gracias sobre todo a nuestro Papa Francisco; aquello con lo que insiste desde sus primeros días como obispo de Roma: ser “pastores con olor a oveja”, priorizar la atención a los pobres, a los excluidos, a los descartados por una globalización inhumanamente materialista. Tenemos que saber responder a la pregunta que Dios le dirige a Caín a principios del Génesis: ¿Dónde está tu hermano? Hemos visto que la Iglesia de España, aunque creyendo de buena intención que debía obrar así, en la mayoría de los conflictos sociales y políticos se identificaba con la nobleza o con las clases dirigentes, relegando al pueblo a la simple condición de espectador sufrido, resignado y obediente. Es una Iglesia que creía que era suficiente con la fe, la virtud religiosa y las prácticas de piedad para mantener la vida social en armonía, incluso ante situaciones de abandono, de explotación, o en suma, de injusticia. Y esto en Argentina es tema de permanente recurrencia, sobre todo desde

que se volvió a discutir acerca de los años 70, recordando la identificación que tuvo la Iglesia con determinados gobiernos.

En segundo lugar, para aquellos que nos consideramos interesados en la vida pública, no debe dejar de preocuparnos la forma en que los gobiernos de la II República, ya sea por incapaces, por mediocres o por cómplices, dejaron actuar a su libre antojo a bandas de salvajes enardecidos, que en nombre de un espíritu republicano, cometieron innumerables destrozos, violaciones y asesinatos. Ello contribuyó en enorme manera a desprestigiar y a deslegitimar a una República que había nacido complicada y cuestionada, pero que tenía una Constitución y unas instituciones que, mal o bien, iban aprendiendo a desenvolverse. No puede ampararse en ninguna legalidad, un gobierno que permite saqueos, incendios, y crímenes de la más baja especie.

Por último, para quienes de entre nosotros aspiramos a vivir alguna coherencia con el Evangelio, la forma en que terminó sus días la República Española nos debe hacer reflexionar que el Crucificado que adoramos en nuestras iglesias, nos enseñó con su ejemplo que a la agresión no se responde con golpes sino poniendo la otra mejilla; que, como recordamos más arriba, hay cosas que son propias para dar a Dios y otras para dar al César; y que jamás debemos cansarnos de comprender y de perdonar, pues fue Él quien dijo en la cruz “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. ¿Sabrían realmente lo que hacían, tantos miles de españoles que por odio ciego mataban a sus hermanos, profanaban y destruían iglesias, bombardeaban ciudades y mataban inocentes? Que no se nos deba reprochar un día a nosotros lo que hacemos con nuestra familia, con nuestra Patria, con la naturaleza, con todos los dones que Dios nos da.

REFERENCIAS

- 1.- Garrigues, Jean-Miguel. Art “Jacques Maritain frente a un catolicismo de cruzada: España 1934–1937”, en Revista de Fomento Social Nro 283-4, 2017, pág 516. Publicada en www.dialnet.unirioja.es.
- 2.- Garrigues, op cit, pág 517.
- 3.- Garrigues, op cit, pág 519.
- 4.- www.jacquesmaritain.com. Conferencia “La tragedia del humanismo”, pág 2.
- 5.- Carta de Jacques Maritain a Raissa, agosto de 1934, citada en Garrigues, op cit, pág 519.
- 6.- Garrigues, op cit, pág 519-520.
- 7.- Carta de Jacques Maritain a Raissa del 6 de agosto de 1934, citada en Garrigues, op cit, pág 520.

- 8.- Carta del P Garrigou Lagrange a Maritain, citada en Garrigues, op cit, pág 520.
- 9.- Zanca, José. Art “Agitadores jesucristianos. Los católicos personalistas del antifascismo al antiperonismo”, publicado en www.unsam.edu.ar.
- 10.- Carta de Jacques Maritain a su amigo Charles Journet del 16 de diciembre de 1936, citada en Garrigues, op cit, pág 522.
- 11.- Garrigues, op cit, pág 521.
- 12.- Garrigues, op cit, cita 31, pág 522.
- 13.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1224. Citado en Garrigues, op cit, pág 523.
- 14.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1224. Citado en Garrigues, op cit, pág 523.
- 15.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1238. Citado en Garrigues, op cit, pág 525.
- 16.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1240-41. Citado en Garrigues, op cit, pág 525.
- 17.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1243. Citado en Garrigues, op cit, pág 526.
- 18.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1224. Citado en Garrigues, op cit, pág 524.
- 19.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1244-45. Citado en Garrigues, op cit, pág 527.
- 20.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1230. Citado en Garrigues, op cit, pág 528.
- 21.- Debate con Maritain a propósito de su Lettre sur l’indépendance el 6 de octubre de 1936 en Buenos Aires. OEuvres Complètes, vol. VI, Friburgo 1984, pág 1105.
- 22.- Orbe, Patricia Alejandra. “La posición política de Jacques Maritain, eje de una controversia católica”, pág 160, Capítulo que forma parte de “El pensamiento alternativo en la Argentina del s XX, Tomo II Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)”. Biagini, Hugo E y Roig, Arturo A (directores), Ed Biblos, Buenos Aires, 2006.

- 23.- “Conferencia de Jacques Maritain a propósito de la “Carta sobre la independencia””, nota en revista Sur, año VI, Buenos Aires, diciembre de 1936, pág 11-12. Citada en Orbe, Patricia Alejandra, op cit, pág 160.
- 24.- Orbe, Patricia Alejandra, op cit, pág 161.
- 25.- Maritain, Jacques. “Prefacio”, OEuvres complètes, vol. VI, Friburgo, 1984, pág 1255. Citado en Garrigues, op cit, pág 526.
- 26.- Maritain, Jacques. “Sobre la guerra santa”, nota en revista Sur, año VII, Buenos Aires, agosto de 1937, pág 113. Citada en Orbe, Patricia Alejandra, op cit, pág 161.
- 27.- Anasagasti, Iñaki. Nota “Maritain y los vascos”, publicada en www.ianasagasti.blogspot.com
- 28.- Anasagasti, Iñaki, op cit.
- 29.- Anasagasti, Iñaki, op cit.
- 30.- Garrigues, op cit, pág 515.
- 31.- Garrigues, op cit, cita 7, pág 515.
- 32.- Entrevista “Stanley Payne: La izquierda republicana no era nada demócrata, ni siquiera los moderados”, publicada en www.diarioya.es.